

BEATRIZ ESTEBAN

LAS VOCES
DEL LAGO

 NOCTURNA
EDICIONES

© de la obra: Beatriz Esteban, 2020
© de las ilustraciones del final: Martha Ishbel, 2020

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: febrero de 2020

Maquetación: Mar Yari M. F.
Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta GZ Printek, S.A.L.

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-17834-55-5
Depósito Legal: M-37793-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para mi madre, la mujer que me enseñó a alzar la voz sin miedo.
Esta es la historia de cómo sobrevivimos.*

0

1988

Sólo la recuerdo a ella.

Me miraba a sólo unos pasos, abrazándose los codos como si así pudiera protegerse del frío. Jugaba a acercar la punta de sus zapatos al hielo del lago.

—Eres una miedica. —Le saqué la lengua, pero ella negó con la cabeza.

No iba a moverse.

Por eso lo hice yo.

Me quedé de pie en medio del lago, de cara al bosque que se erguía al otro lado. Sólo que entonces ni siquiera sabía lo que significaba «erguirse»; ella tampoco. Teníamos once años. Sabíamos que se acercaba la hora de despedirse, que los valientes se quitaban los guantes, que el agua del lago llevaba siendo hielo desde diciembre.

Pero no recuerdo cómo crucé el lago. No sé cuánto me alejé de ella, ni si las piernas me temblaban de frío, ni si las suyas intentaron seguirme. Uno no se suele acordar de estas cosas, ¿verdad? Nadie recuerda los detalles. Nadie recuerda lo que no importa; lo crea después. No recuerdo si aquel día el cielo estaba gris, si nevaba o llovía.

Ya no oigo el crujido del hielo ni el susurro de las zarzas. No siento el frío helándome las manos desnudas ni las mejillas entumecidas. No consigo revivir esa sensación de ser invencible, de ser valiente, de ser por una vez el que diera el primer paso.

Ni siquiera recuerdo apartar los ojos del hielo y girarme para mirarla. Pero sé que lo hice.

Porque a ella sí la recuerdo.

Aquel día la bufanda le llegaba hasta la nariz, el gorro le tapaba el flequillo y sólo quedaba a la vista el rubor de sus mejillas y las pecas que adornaban su nariz. Una brisa hizo que se estremeciera y se abrazara con todavía más fuerza.

—Adam, vuelve —murmuró. Echó un vistazo atrás, como si temiera que un lobo apareciera de entre los árboles. O quizás temía a sus padres.

Quizás no quería decir adiós.

Quizás no me pidió que volviera. Quizás no dijera nada. Ella era la más habladora de los dos, la que llevaba la voz cantante, pero el frío siempre la callaba. No recuerdo si me llamó, pero quiero pensar que lo hizo. Igual que tampoco recuerdo en qué momento empezó a llorar o si ya estaba llorando cuando llegamos al lago.

Cuando tienes once años, no es fácil consolar a una niña. Menos aún si estás acostumbrado a que ella sea la fuerte de los dos, la primera en llenarse las manos de barro y hacerse moratones en las rodillas. Lo intenté como pude. Pensé en pasarle el brazo por encima de los hombros o en acercarme y coger su carita entre mis manos, frías, como siempre hacía ella. Pero estaba demasiado lejos.

—Estoy bien, Bree. No va a pasar nada, tonta. ¿Ves? —Di un golpe suave al hielo, fingiendo más valor del que sentía. Sé que el

hielo crujió un poco más. Pero crujió siempre, ¿no? Eran los murmullos del agua, que pedía huir. Era normal. Estaba a salvo.

Sólo me faltaba ella.

Los dos escuchamos cómo la llamaban. Giró la cabeza y se abrazó todavía más fuerte.

—Tengo que irme ya. —Fue sólo un susurro. A las palabras les costaba abrirse camino entre las lágrimas, pero yo seguía viéndolo como un juego. Yo estaba sobre el hielo. Había ganado.

—¿No quieres acercarte un poco? Está helado, Bree, no va a pasarte nada.

No a ti.

La niña arrugó la nariz. Dejó de jugar con la linde del lago y se acercó de puntillas, a zancadas, hasta mí. Fue sólo un segundo. Y si fueron más, no lo recuerdo. Bree sonrió antes de despedirse.

A veces, cuando me acuerdo de esos dos besos, casi me parece que llego a sentirlos otra vez. Como si ella estuviera aquí, conmigo, como si los dos jugáramos a ser valientes sobre un lago helado.

Uno en la frente.

Otro en la mejilla.

Un apretón de manos y una sonrisa traviesa antes de volver a la orilla.

—¿Volverás en verano?

Bree dejó de darme la espalda y me miró, asomando los labios por encima de la bufanda de lana. Tenía los labios cortados, las mejillas rosas, el pelo acartonado llegándole a la altura de la barbilla. Pasarían los años y Bree seguiría siendo la niña que escondía constelaciones bajo la piel.

Pero yo no estaría para verla.

—Claro que sí.

Sonreí. Fue ella la que se alejó del lago.

—Te esperaré, ¿vale?

Ninguno supo que los dos mentíamos. Ninguno supo que aquella sería nuestra última despedida. Quizás, si lo hubiéramos sabido, habríamos congelado mejor el recuerdo de aquellos últimos dos besos.

Uno en la frente, otro en la mejilla.

El hielo crujió un poco más cuando Bree se marchó.

1

1997

—Deja que entre yo primero, mamá.

Ella no respondió. Seguía en el asiento del copiloto, con la mirada perdida en la arboleda que se alzaba tras la casa. Nueve años después, parecía que sólo hubiéramos cambiado nosotras.

El aire olía a hierba mojada y lo único que daba luz era un tímido rayo de sol entre las nubes. Por el color del cielo se podía anticipar viento, lluvia, niebla; todo a la vez. Así era Irlanda.

Tal vez, de ver un poco más el sol, mi madre hubiera aprendido a ver la vieja casa de Degriffin con otros ojos. Sus recuerdos dejarían de ser grises. A menos que apareciera él.

Escondí las manos en las mangas del jersey y cerré la puerta del coche a mis espaldas. Nuestra antigua casa estaba separada del lago por una parcela con forma de media luna, de una hectárea de hierba salvaje y caótica. Después de nueve años deshabitada, a excepción de un par de turistas que la habían alquilado, la enorme vivienda de paredes de piedra parecía abandonada. Los matojos que crecían alrededor de la entrada no ayudaban a espantar los fantasmas. Habría sido difícil abrirme camino atravesando la hierba de no ser porque los

clientes habituales del lago —perros, ciervos, demás animales y turistas perdidos— mantenían un estrecho sendero pisoteado.

Giré la cabeza hacia mi madre antes de meter las llaves en el cerrajo. La puerta crujió al abrirse y estornudé cuando todo aquel polvo me dio la bienvenida. Se suponía que mi padre se había encargado de mantenerla presentable para posibles inquilinos, aunque me decía que en los últimos años le había dado un uso distinto.

El amplio vestíbulo daba paso al salón, donde cada mueble seguía oculto bajo una sábana sucia. Las persianas dejaban entrar líneas de luz a la habitación. El reloj de la pared llevaba meses parado a las 3:43, como si en aquella casa también se hubiera detenido el tiempo.

Sentí un nudo en el estómago nada más entrar. Quería proteger a mi madre de esa extraña sensación de que ya no pertenecíamos aquí, de que era nuestra casa, sí, con el mismo papel de pared y las mismas cortinas, pero algo en el aire parecía gritarnos que nos fuéramos de allí.

Aparté de un tirón la sábana que cubría la cómoda, haciendo tintinear el viejo cenicero y las fotos que se habían pasado los últimos años cogiendo polvo, desde que se marchó el último inquilino y mi padre volvió para pasar una temporada en el pueblo.

Ahora ya nadie fumaba en esta casa. Ahora el rostro que sonreía en las fotografías estaba prohibido.

Por eso me deshice de todo aquello que pudiera recordarnos a él. Subí las persianas y dejé entrar la poca luz que se colaba entre las nubes. Escondí los ceniceros, los recuerdos de aquel viaje a la India, las fotografías en las que fuéramos tres y no dos. Todo. Todo, todo.

—¿Bree? ¿Qué estás...?

A los diez minutos, mi madre apareció en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. A la sombra su rostro se veía todavía más demacrado. Sus brazos más finos, su suéter demasiado ancho, ella demasiado pequeña.

—Mamá, vuelve al coche, yo...

Pero no me escuchaba. Me había llamado, pero ya no me miraba. Sus ojos se habían nublado al ver la única foto que quedaba por esconder. Para cuando llegué hasta ella, las piernas ya habían empezado a temblarle. Tuve que sujetarla de los codos para sostenerla.

—Mamá...

—Son sólo recuerdos, Bree. Son sólo... —Pero no pudo acabar la frase. Porque hacía meses que los recuerdos rompían, que cualquier calle por la que hubiera pasado mi padre era un camino lleno de fantasmas.

Mi madre fue la primera en convertirse en una casa encantada. Dentro de ella había amores muertos que aún la habitaban, y ya no sabía cómo dejarlos marchar. A veces ni siquiera quería que se fueran. No era un amor real, pero era bonito. Era cálido. Era lo único que le quedaba. Pero seguían siendo fantasmas, y su cuerpo seguía siendo una casa derruida.

—Mamá, vuelve —le pedí, cuando vi que sus ojos se llenaban de lágrimas. Cuando el presente desaparecía para volverse sólo recuerdos—. Mamá, olvídate de él, por favor. Olvídalo. Vamos a estar bien, ¿me oyes? Estaremos mejor. Esto pasará y lo superaremos, juntas, como hemos hecho siempre. —Seguía con la mirada perdida y los brazos débiles. La acompañé con cuidado hacia el sillón. No dejaba de llorar. No me escuchaba—. Sólo aguanta un día más, mamá. Sólo un día más. Por favor.

Ella asintió, y su llanto se volvió más silencioso. Pero el dolor permanecía, igual que lo había hecho en el último año.

Y todo era por su culpa.

Degriffin tenía que alejarnos de él, no ayudarnos a recordarle. Mi madre veía fantasmas que ya no existían. Recuerdos que ella misma creaba.

Y no se me ocurrían más formas de deshacerme de ellos.

Me dio la sensación de que yo no era la única que había crecido desde que nos marchamos de Degriffin. De pronto, las habitaciones de aquella casa —de *nuestra* casa— me parecían más grandes, las estanterías parecían estar torcidas y de repente la cubertería se guardaba en el segundo cajón de la cocina. Era como si en lugar de volver a casa estuviéramos invadiendo un espacio extraño, que a veces nos daba la bienvenida y otras veces nos daba la espalda.

Porque el horno seguía tardando en calentarse y la televisión no cogía bien la señal. Los primeros escalones todavía crujían como si se quejaran de nuestro peso. Y acosté a mi madre en el mismo lado de la cama de siempre, dejando la persiana lo suficientemente subida para que no se quedara sin luz. Le di dos besos; uno en la mejilla, otro en la frente.

Una vez que cerré su puerta, le bastaron dos segundos para romper a llorar.

Fingí no escucharla, porque sabía que nada de lo que dijera serviría para calmarla. Volví a mi antigua habitación, al lado de la suya, para acabar de vaciar las cajas de la mudanza. Con suerte, aquella

habitación en la que había pasado siete años de mi vida y cuatro veranos más dejaría de recordarme todo lo que faltaba.

—Bienvenidos a casa, pequeños.

Los cactus fueron los primeros en abandonar las cajas, dejando detrás un rastro de tierra. Desempaqué un par de libros que había traído desde Dublín, la tira de fotografías que antes encabezaba mi cama y el osito de peluche que todavía llevaba la bufanda de lana que mi madre tejió años atrás. Cuando tenía tiempo para ella. Cuando su vida era más que el duelo, más que mi padre.

Sacudí la cabeza. Al pensar en él no hacía más que revivirlo, y se suponía que habíamos vuelto a Degriffin para olvidarle. Para empezar de nuevo. Tendría que sentirme aliviada, no..., no así. No como si todavía estuviéramos en peligro, como si el dolor aún nos persiguiera.

El cielo se había despejado al anochecer y la luna iluminaba la explanada que quedaba frente a la casa. La ventana de mi cuarto daba directa a la vieja casa del árbol, que se mantenía firme sobre las ramas y oculta entre las hojas como si para ella el tiempo no hubiera pasado. Me dejé caer sobre la cama con un suspiro.

Las manos todavía me temblaban. Mi madre todavía gimoteaba al otro lado de la pared, como cada maldita noche.

«Nada de esto tendría que ser así», pensé. «No tendría que ser la madre de mi propia madre. No tendría que estar velando todos los días para que hiciera algo más que llorar en su cama, sin fuerzas ni ánimo para levantarse. No tendría que darle a mi madre razones para vivir. Nada de esto... Nada de esto habría pasado si no fuera por ti, papá».

En la vieja casa de Degriffin, las paredes parecían hechas de papel. Por eso no supe si los llantos que interrumpieron mi duermevela fueron los de mi madre. Quizás eran los míos.

Quería acostumbrar a mi madre a la vida en Degriffin: a la televisión que cogía polvo más rápido de lo que podíamos limpiarla, a los desayunos de huevos y pan (pedirle más era mucho pedir), y a los paseos cerca del lago con la única compañía de las gaviotas que se perdían en su camino de vuelta a los acantilados. Pero ella seguía sin ver nada, sin sentir nada, sin querer nada. Tan gris como Irlanda.

—Podríamos visitar la ciudad, mamá.

—¿Dublín?

—Degriffin. El centro, ya sabes. Te vendría bien que te diera un poco el aire, ¿no?

Ella suspiró y giró la cabeza hacia la ventana. Apenas se había movido del sillón desde que llegamos, dos días atrás.

—Podríamos volver a Dublín, Bree. No sé... No sé si esto ha sido buena idea.

Suspiré, conteniéndome para no ponerle los ojos en blanco otra vez.

—¿Tengo que recordarte lo que nos dijo Christine? En Dublín no quedan más que recuerdos de una vida que ya no tenemos, mamá. Aquí... Aquí estaremos tranquilas por fin. Sólo necesitas un poco de tiempo. Esto nos ayudará a las dos.

Pero había bastado con recordarle el apartamento para sacarle las lágrimas.

—Esto no hará que vuelva.

Apreté los puños. Siempre decía lo mismo, *siempre*.

—Otra vez no, mamá. Para.

—Bree, es tu padre...

—¡He dicho que pares!

Me levanté de su lado de un salto. Otra vez el pulso acelerado y la mirada de miedo de mi madre, que había perdido hasta las fuerzas para llorar. Y todo por su culpa. Todavía era su culpa. ¿Es que no se daba cuenta?

—Bree...

No la miré. Habíamos repetido esta conversación demasiadas veces.

—Voy a salir a comprar.

No dejé que replicara y recogí el abrigo del perchero. Las llaves tintinearón en mi bolsillo. Necesitaba coger aire, reponer fuerzas. Cuando me volví de nuevo a mi madre, ella se mantenía en el sillón, hundida entre los cojines. Cada día la sentía más lejos.

—Y te recuerdo que el lunes vuelvo a la universidad, mamá. —Abrí la puerta, sin mirarla—. Quizás sería bueno que para entonces salieras de casa.

Quería sonar autoritaria, como a veces sonaba Christine. Pero seguía siendo mi madre. Seguíamos compartiendo el mismo dolor, aunque cada una lo hiciera de forma distinta. Quizás por eso mi voz sonó más a una súplica que a una orden.

Me bastó dar un paso adelante para que una ráfaga helada congelara mis mejillas, como si el invierno hubiera decidido entrar en Degriffin por la puerta grande cuando el otoño todavía se estaba desparezando.

Sólo que ya no parecía otoño.

La hierba estaba cubierta de nieve, el lago se había vuelto hielo. El cielo se había oscurecido como si estuviera teniendo lugar un

eclipse. Todo era blanco, incluido el color de mi piel y la nieve que se colaba entre mis dedos. El único negro venía de una sombra en medio del lago.

—¿Qué...? —empecé, pero el frío me congeló la garganta. Los copos de nieve se instalaron en mis párpados, nublándome la vista.

Cuando miré a mis pies, oí el crujido del hielo.

Volví al interior de la casa con el corazón amenazando con salirse del pecho.

No tenía sentido.

—Bree, ¿eres tú?

Mi madre se dio la vuelta en el sillón para mirarme, sin molestarse en apartar la manta de sus rodillas. Volví la vista a mis manos, ahora libres de nieve.

No le contesté y abrí la puerta con cuidado, asomando la nariz al exterior. El paisaje volvió a ser el mismo que nos había dado la bienvenida dos días atrás: apagado, otoñal, típico de octubre. La brisa agitaba la arboleda que rodeaba el lago y creaba ondas en el agua. Pero no había nieve ni frío ni hielo.

Sacudí la cabeza. Llevaba demasiadas noches sin dormir bien; tenía que ser eso. Mamá decía que tenía mucha imaginación. La suficiente para ver fotografías a través de la lente segundos antes de tomarlas o hablar de tú a tú a mis cactus. Cambiar paisajes en mi cabeza era sólo subir de nivel.

Aunque, bueno, también había otra opción. Me volví a mi madre con una sonrisa, dejando tiempo para que mis latidos volvieran a su ritmo normal.

Quizás sí que estábamos en una casa encantada, después de todo.

2

Necesitaba salir de casa. Pero no como lo había hecho hasta entonces, con viajes rápidos siguiendo el mismo camino de siempre, cogiendo la bicicleta para llegar al mercado del pueblo, no. Me colgué la cámara del cuello y salí a la calle con uno de los viejos jerséis de mi madre. A ella la dejé con la manta sobre los hombros y la televisión sintonizada en el que antes era su canal favorito.

Mis padres compraron la casa de Degriffin meses antes de que naciera, veinte años atrás. Quedábamos a las afueras de un pueblo que ya estaba a las afueras de Dublín; por lo que caminar hacia el centro suponía pasar al lado de viejas cabañas de piedra sin techo ni inquilinos, de campos de color gris verdoso escondidos bajo la niebla. Entre nuestra casa y las primeras viviendas habitadas se erguía una iglesia, protegida del viento por sólo dos árboles retorcidos y desnudos en su entrada.

A cualquiera le hubiera parecido una imagen triste, pero no a mí. Saqué la cámara y aproveché esas horas en calma para congelar momentos y buscar paralelismos con los recuerdos deformados de mi infancia. Luego sería tan sencillo como buscar antiguas fotografías y

compararlas con lo que recordaba. Con lo que creía que estaba ahí, pero en realidad nunca estuvo.

Como mi padre.

Las fotografías no mentían.

La siguiente parada camino al pueblo fue un poco más dolorosa. Quizás porque allí los recuerdos eran todavía más vívidos y no necesitaba ninguna vieja fotografía para compararlos.

La casa de Adam Finn seguía con su camino de piedra, con sus hiedras escalando las paredes y el columpio que colgaba en el patio de atrás todavía balanceándose con el viento, como si aún vieran niños que pudieran balancearse sin tocar el suelo. Guardaba más recuerdos de mi infancia en aquella casa que en la mía. Pero nunca tantos como los de la vieja casa del árbol. Nuestro refugio.

Guardé la cámara en su funda y me acerqué a la casa. La hierba había empezado a crecer descontrolada, como en el prado junto al lago, y me hacía cosquillas en los tobillos al andar. Los Finn tenían las cortinas corridas y las persianas bajadas. Había tanto silencio y tanto gris que tampoco se distinguía mucho de las fotografías que guardaba.

Me detuve a un paso de la puerta, con la mano sobre el timbre.

—No hay nadie en casa. ¿Querías algo?

Me giré con un sobresalto hacia la voz a mi espalda. En la entrada del jardín, un joven se bajaba de la bici y la apoyaba sobre el muro. Llevaba una sudadera arremangada; unas gafas redondas le caían sobre la nariz y el pelo sobre la frente, tan castaño y otoñal como el paisaje de atrás. Tuve que contenerme para no fotografiarle y convertirlo en parte de la colección.

—Perdón, yo... —murmuré, deshaciendo mis pasos. Frené en seco en cuanto él alzó la mirada. Eran los mismos ojos pardos, el

mismo gesto de sorpresa, el mismo rubor en las mejillas. De pronto, el niño de los recuerdos había llegado al metro ochenta, pero seguía siendo él—. ¿Adam...?

Levantó una ceja al escuchar su nombre y entrecerró los ojos, como si tratara de ubicarme en su memoria. Vi cómo la sorpresa se abría camino hasta que sus labios dejaron de formar una «o» para convertirse en una sonrisa.

—¿Bree?

Se me escapó algo parecido a la risa.

—Ha pasado un tiempo, ¿no?

Antes de que pudiera verlo venir, Adam se acercó a mí de una zancada y me envolvió en un abrazo, estrellando mi mejilla contra su pecho. Me tensé un poco, como si me hubiera vuelto de piedra, hasta que el aroma de Adam me envolvió y mi cerebro recibió la señal de que estaba a salvo. Como en casa, como si no hubieran pasado los años. Adam Finn seguía oliendo a bosque, a la hierba después de la lluvia, a hogueras a medianoche. Sentí que con un abrazo suyo todo mi cuerpo entraba en calor.

Al menos hasta que se separó, dejando que la brisa volviera a correr entre los dos. No había perdido la sonrisa.

—Jobar, ¿de verdad eres tú?

Con esa frase ya me confirmó que él sí era él.

—¿Todavía sigues diciendo «jobar»? Te esperaba más maduro, Adam.

—Y yo te esperaba más alta, pero veo que algunas cosas no cambian.

—Idiota. —Le di un golpe suave en el pecho; su hombro me quedaba muy alto—. El problema eres tú por seguir creciendo. Además, ¿desde cuándo llevas gafas?

—Bueno, llegas unos cuantos años tarde. —Se colocó las gafas sobre el puente de la nariz, con una montura tan fina que parecía que los cristales flotarán. Veía mi sonrisa reflejada en ellos.

—Nueve, de hecho.

—Nueve. —Suspiró. Sus mejillas se ruborizaron en medio segundo—. Quizás era demasiado tiempo como para atacarte con un abrazo así. Lo siento. Ha sido...

—La emoción, lo sé. No pasa nada. No has cambiado nada. —Sentía que me dolían las comisuras de tensarlas, pero reencontrarme con Adam estaba despertando demasiados recuerdos de un tiempo en que las cosas no importaban tanto—. Además, justo iba a llamar a tu casa, así que... ¿Están tus padres? Me gustaría saludar.

Hizo un mohín con los labios.

—Están en el pueblo.

—Me pasaré más tarde, entonces.

Asintió con un pestañeo. No me había dado cuenta hasta ahora de cómo sus ojos parecían imitar el color de las hojas secas.

—A todo esto, ¿qué haces aquí? ¿Has vuelto para quedarte?

No me quedaba otra, pensé.

—Eso espero —dije. Adam levantó una ceja—. Es una larga historia.

—Adoro tus largas historias.

—*Adorabas* —maticé—. Esta no creo que sea tan... Bonita. De todas formas, si tanto te gustaban, ya podrías haber contestado a alguna de mis cartas. —Lo dije intentando quitarle importancia, pero aún tenía demasiado reciente a la Bree de doce años que miraba cada día su buzón de Dublín.

La expresión de Adam se crispó.

—¿Cartas? ¿Qué cartas?

—Cuando me marché... Me diste tu dirección para que mantuviéramos el contacto, ¿recuerdas? Carrie hizo lo mismo.

Se mordió el labio, en un gesto que me recordaba demasiado a un niño pillado con las manos en la masa.

—¿Y estás segura de que escribiste bien la dirección?

—La escribiste tú, so bobo.

—Ya sabes que las letras nunca fueron lo mío.

—Es igual. —Hice un gesto rápido con la mano—. Hubo un momento en el que tuve que empezar a ahorrar en sellos y dejé de escribirte. Culpa tuya. —Adam se contuvo la sonrisa, pero no dijo nada más—. Por cierto, ¿tienes hora?

—Ni idea. ¿Las cinco y media? ¿Seis? Eran las cinco cuando he salido de casa. —Fruñí el ceño—. ¿Tienes prisa?

—Mi madre me está esperando para cenar. Debería volver antes de que anochezca para hacer la cena y... —Me callé. Tenía que asegurarme de que mi madre no estuviera sola cuando el cielo se oscureciera. Había demasiadas sombras y su miedo a la oscuridad no había dejado de potenciarse en los últimos meses.

—Entendido. —Adam suspiró y se apartó el pelo de la frente—. Entonces nos queda pendiente esa larga historia.

—No quieres oírla, créeme.

—Quiero oírte a ti. —Deslizó sus labios en una media sonrisa—. Tenemos que ponernos al día, Bree. Con un poco de suerte habrás crecido un par de centímetros más cuando nos volvamos a ver.

Puse los ojos en blanco. ¿Cómo era posible que las bromas con las que me hacía rabiar se conservaran casi una década después?

¿Cómo era posible que me sintiera tan cómoda con alguien que acabó siendo sólo un recuerdo, que ahora tendría que ser un desconocido? Un desconocido con su mismo olor a bosque y los mismos ojos pardos.

—Me acercaré a saludar. —Sonreí.

—Puedo acercarme yo. ¿Sigues teniendo la casa del árbol?

—Claro.

—Entonces nos vemos allí.

—¿Vendrás a verme? —Pestañeé. No entendía qué hacía Adam malgastando el tiempo que podría invertir en sus amigos, en la universidad, en..., en cualquier otra cosa, sólo para verme a mí. Un recuerdo. Estaba intentando recuperar a una niña que no existía—. Yo... Mi madre no está muy bien. No sé si las visitas...

—No me moveré de la casa del árbol, prometido. Tú espérame.

Dio un paso atrás y cogió la bici, que chirrió al apartarla del muro. Me hice a un lado para dejarlo pasar. Sobre nuestras cabezas, el cielo se había ennegrecido como si también se despidiera.

—¿Cuándo vendrás? —pregunté cuando Adam ya me daba la espalda. Se volvió hacia mí con una última sonrisa.

—Cuando te venga bien.

Se encogió de hombros antes de marcharse.

3

Degriffin, 7 de febrero de 1991

Querida Bree:

Siento haber tardado tanto en escribirte, pero he estado muy ocupada. Tampoco es que tenga mucho que contarte. Aquí todo sigue como siempre. Han puesto un nuevo parque detrás del ayuntamiento, pero es una mierda porque para meter los columpios han quitado de en medio la mayoría de los árboles que había. Así que de parque tiene poco.

Por cierto, mi madre dice que no diga «mierda». Pero lo estoy escribiendo, así que no vale, ¿verdad? Además, ya somos mayores. Es una tontería. Mejor dicho: es una mierda que mis padres sigan mandándome como si fuera una niña. El otro día el grupo de Shonda me invitó a salir por la noche, ¿sabes? En plan de fiesta. Pero no encontramos a nadie que nos acercara a Dublín, y mis padres dijeron (otra vez) que era muy pequeña para estas cosas. Pero los amigos de Shonda conducen. ¡Y yo quería pasarme a verte!

Al final se quedó en nada. Creo que en realidad las amigas de Shonda no querían que fuera. Cuando juego al baloncesto, me miran mal; supongo que no les caigo bien. Ya ves lo que me importa. Lo bueno

de que no fuera a Dublín es que al menos Gina se quedó más tranquila (lo malo es que no te vi). No le hacía gracia que me fuera en coche tan lejos, pero bueno, a ella no le hacen gracia muchas cosas. Al final fui a su casa y me lo pasé genial, eso sí. Jugamos al Cluedo (ganó ella). Te manda muchos recuerdos, que también te echa de menos.

No tengo más que contar, la verdad. Todo como siempre. Aburrido. Seguro que Dublín mola mucho más. Voy a dejar de escribir, que echan El príncipe de Bel-Air en la tele y no me lo pierdo ni loca. ¡Tienes que verlo de una vez!

Un beso,

Carrie

Volví a doblar la carta en cuatro, con una sonrisa. Aquella acabó siendo la última carta de Carrie, aunque yo le envié unas cuantas más. En Dublín siempre tuve demasiado tiempo libre y muy pocas personas con las que quisiera usarlo, de modo que me dedicaba a escribir cartas a Carrie y a Adam (aunque nunca me las contestara), a cuidar mi —por entonces— único cactus, y a leer *La historia interminable* una y otra vez, hasta que me supe los primeros capítulos de memoria. A veces, cuando las cosas en casa se complicaban, me encerraba en mi habitación y empezaba a repetir esas primeras frases como si fueran un mantra. Supongo que era mi manera de rezarle a los finales felices.

Quando Carrie dejó de responderme, supuse que sería por una de tres posibles razones: porque su vida social la había dejado sin tiempo para escribir cartas (y ella nunca fue de las que se sentaban a dejar pasar el tiempo), porque se había marchado por fin de Degri-ffin, después de buscar escapar desde que cumplió los diez años; o

porque se había olvidado de quién fue Bree Duanne. Una parte de mí prefería la última opción. Se puede recordar lo que olvidas, pero no reencontrarte con quien se marcha. Y ahora necesitaba encontrar un hogar de vuelta en Degriffin.

Mi casa no parecía la misma; estaba más fría, más oscura; las paredes y los techos parecían más estrechos, como si intentaran ahogarme. Mi madre también era una persona totalmente distinta. Quería creer que aún quedaba algo de la inocencia que dejé atrás cuando me marché definitivamente de aquí.

Lo que más me sorprendía era que hablar con Adam hubiera sido como..., como si de verdad nos conociéramos. Yo no era igual que cuando tenía diez años, y no tenía sentido que él lo fuera. Y sin embargo, le había sentido cercano desde el primer momento. Como si no hubiera pasado un día sin vernos. Como si nunca hubiera dejado de conocerle.

Quizás tuviera suerte y con Carrie y Gina fuera igual. Ayudaría a que todo fuera más fácil.

—Bree, ¿está todo bien? —Mi madre me llamó desde el piso de abajo, con la voz temblorosa.

—Sí, mamá, ya bajo.

Guardé la carta de nuevo en la caja, junto al resto.

Cuando bajé, ella seguía con la mirada perdida en el televisor, el cabello despeinado y las manos alrededor de una taza de té que no había llegado a terminarse. El corazón se me encogió un poco más al verla tan débil.

Me acerqué por detrás y le cepillé el pelo con las manos, como ella hacía conmigo cuando era niña. Alargó una mano para rozar las mías.

—He preparado caldo de sopa para cenar, ¿te apetece? —Ella asintió, despacio—. Y te he dejado un sándwich para mañana, por si te entra hambre antes de que vuelva de la uni.

Mi madre suspiró con tanta fuerza que pareció desinflarse.

—Cariño, puedo prepararme un sándwich yo sola...

—Lo sé, pero si no te lo hago eres capaz de olvidarte de comer. Así me aseguro. —Me incliné hacia delante para darle un beso en la mejilla—. Tienes que comer para tener fuerzas. Lo sabes, ¿verdad?

Volvió a asentir, sin mirarme. Pero era un «sí» vacío.

—Hay que empezar a mirar adelante, mamá. —Suspiré. Noté cómo su mano temblaba entre las mías.

—No lo entiendes, Bree. Han sido veintiocho años de mi vida... Veintiocho...

No iba a entrar otra vez en esta discusión. Pasé por delante de ella, que no se había movido del sillón, apagué el televisor y la obligué a quitarse la manta de encima. Por mucho que se quejara de tener el estómago cerrado, tenía que comer. Tenía que avanzar.

Ya habían pasado muchos meses. Tendría que haber mejorado. Tendríamos que estar mejor...

Y estaríamos mejor. Era lo que me prometía todas las noches. Sólo teníamos que seguir intentándolo.

Aquella noche ni siquiera el edredón sirvió para abrigarme, a pesar de que a lo largo del día las temperaturas no habían sido tan bajas. Por Dios, estábamos en octubre. Aún quedaban unos meses para las grandes nevadas, pero toda la isla parecía querer adelantar el tiempo.

Y no podía evitar recordar lo distintas que eran las cosas un invierno atrás.

Mañana volvería a clase. Al menos allí no tenía que empezar de cero, aunque tampoco es que hubiera mucho que perder. De hecho, sospechaba que lo único que mis compañeros habían echado en falta durante el mes que había perdido con la mudanza era a alguien que les pasara los apuntes de Botánica sin pensárselo dos veces.

Después de dar vueltas y vueltas bajo el edredón, incapaz de dormir, salí de la cama de un salto y me calcé. La luz de la luna entraba a raudales por la ventana, entera y brillante en mitad del cielo. Pero no podía culparla de mi insomnio. A ella no.

Me aparté el flequillo de los ojos con un suspiro, aunque fue inútil. Al menos se me ocurrió una forma de pasar el tiempo hasta que me entrara el sueño, si lo hacía.

El baño del piso de arriba estaba tan vacío de decoraciones y tan lleno de cajas como el resto de las habitaciones. Encendí la luz que quedaba sobre el espejo y cogí las tijeras del primer cajón. Bajo la luz fría de la bombilla, mi piel parecía todavía más pálida y las sombras a mi espalda, más vivas.

Me incliné hacia delante y fruncí los labios. Hacía un mes que me había cortado el pelo, que me llegaba casi a la altura de los hombros, y todavía se notaban los trasquilones que habían dejado mis manos inexpertas. Me acerqué las tijeras al flequillo, temblando.

—No seas estúpida —murmuré a la Bree del espejo, un momento después de dar el primer corte—. Las cosas han cambiado. Es sólo un recuerdo, es sólo un recuerdo, es sólo... —No pude acabar la frase por culpa del nudo en la garganta. Parpadeé para apartar las lágrimas de los ojos, que habían empezado a nublar me la vista.

Pero yo seguí cortando, todo lo recto que pude, mientras los mechones de pelo caían hacia el lavabo. Cuanto antes acabara, antes dejaría de recordar. Y con suerte dejaría de culparme por sentirme así.

Era estúpido que llorara por una mentira.

Pero seguía viendo a mi padre y todas esas veces que entraba en el baño con las tijeras en una mano y la toalla en la otra. Era él quien me la colocaba sobre los hombros, quien encendía el radiocasete y empezaba a cortarme el pelo tarareando siempre la misma canción. Estación tras estación, siempre que el flequillo empezaba a cubrirme los ojos, él era el primero en chasquear la lengua y ofrecerme un nuevo corte de pelo. Adoraba esos pequeños momentos entre nosotros dos, casi tanto como las tardes de lectura, cada uno en un sillón del salón; casi tanto como las escapadas a los acantilados de Moher.

Y ahora recordarlo sólo dolía.

—Es sólo un recuerdo —murmuré, apretando los dientes. Las tijeras se cerraron con un último chasquido y cayeron los últimos mechones—. Sólo un recuerdo.

Apoyé las manos en el lavabo y bajé la mirada, sin atreverme a ver el resultado en el espejo. Tenía miedo de encontrarle a él entre las sombras que me acompañaban. En cualquier momento me abrazaría por la espalda. O me haría cosquillas. O me levantaría por los aires, como cuando era niña.

«Está detrás de ti», pensé.

«No, está dentro de mí».